

Y ofrécete al Señor en sacrificio.

María es nuestro auxilio y muy poderoso.

Si atendiera nada más que á su amante corazón, haría ella por sí sola nuestra obra y nos llevaría al Paraíso; pero escucha á su divino Hijo que dice:

«Si alguno quiere venir en pos de mí, renúnciese á sí mismo, tome su cruz y sígame.»

Y María nos anima diciéndonos:

¡Iremos juntos!

Juntos iremos, sí; pero por esto mismo entendemos que cada uno de nosotros tiene que trabajar de su parte! La salvación sin esfuerzo es imposible. Ni puede haber santidad sin mortificaciones.

Hay quienes se imaginan ser santos porque *sienten* que aman á Dios; porque experimentan *gusto* en la oración; pero ¡ay! no son capaces de resistir á un capricho, de imponerse una privación y de ordenar su conducta. Por lo cual su santidad no es verdadera, sino ficticia; es santidad imaginaria, santidad que nada vale.

La vida es un combate y no un festín. Es camino de perpetuo, de incesante sacrificio! ¡Dichoso quien lo recorra con amor! ¡Feliz quien gozoso se inmole cada día en el servicio de Dios y del prójimo!

* * *

No hay duda, aquella fórmula es de oro, amado Teófilo. En cuatro palabras nos enseña lo que es la vida cristiana, lo que debe ser tu vida! Guárdala cuidadoso en tu memoria y medítala con frecuencia:

Fija tu mirada en Dios;

Toma por modelo á Jesucristo;

A la Virgen María por abogada,

Y ofrécete al Señor en sacrificio. . . .

(SIMIENTES DEL PARAÍSO.)

EL CATECISMO

ORGANO

DE LA «CONGREGACIÓN DEL CATECISMO.»

Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra.

Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe.

1.^a EPÍST. DE S. JUAN, CAP. V, V. 4.

DOCTRINA

(CONTINÚA.)

Pues bien, si los Apóstoles, después de haber manifestado al principio tan grande repugnancia á creer en este misterio, se convierten en sus predicadores ardientes y celosos hasta el extremo de sufrir los tormentos más variados y la misma muerte antes que dejar de predicarlo, esto prueba que la evidencia y la fuerza de la verdad les estrechaba á dar ese tan invicto testimonio; pues sería la más inconcebible locura perder la vida por engañar á los demás y sostener á un impostor.

La consecuencia de todas estas pruebas es que la resurrección de Jesucristo es un hecho, una verdad incontestable. Pero una vez establecida esta verdad, lo está también la divinidad de Jesucristo y la de la religión cristiana que le reconoce por autor y fundador. No es, pues, vana nuestra fe, ni es inútil nuestra predicación.

P. ¿Cómo subió á los cielos?

R. *Inmortal, con su propia virtud.*

El misterio de la Ascensión de Jesucristo al cielo, pone el más digno coronamiento al triunfo alcanzado por su resurrección. Salió de la tumba el Salvador, victorioso de la muerte y del odio de sus enemigos; salió no sólo lleno de vida, sino rodeado de luz y de esplendor; por manera que sus mismos Apóstoles le podían apenas reconocer en este nuevo estado. Mas, no siendo conveniente que aquella santa humanidad quedase por largo tiempo acá abajo; cumplida como ya quedaba la obra para la cual le había enviado el Padre, debió volver al seno de la divinidad para gozar de la gloria que con sus trabajos, sus humillaciones y sus padecimientos se había merecido. Y así en efecto lo hizo en el día de su gloriosa entrada en el cielo.

En los cuarenta días que Jesús estuvo entre sus discípulos después de haber resucitado, constituyó á San Pedro cabeza visible de la Iglesia, y á los Apóstoles, predicadores del Evangelio; les dió también la inteligencia de las Escrituras, el poder de perdonar los pecados y dictó otras muchas disposiciones que no fueron consignadas en los Libros Santos, pero que los Apóstoles fielmente transmitieron á sus sucesores.

Cuando Jesucristo hubo acabado de dar á conocer su suprema voluntad, reunió á sus discípulos y

después de hablarles del reino de Dios y de prometerles su asistencia, les llevó al monte de los Olivos, extendió allí su mano sobre ellos como para bendecirlos, y separándose suavemente de la tierra delante de sus ojos, se elevó poco á poco hacia el cielo. Ellos, los atónitos discípulos, seguíanle amorosamente con la vista; mas cuando llegó á una altura á donde difícilmente le podían percibir, una resplandeciente nube le envolvió y le ocultó á sus ojos. Dirigióse entonces hacia las alturas del Empíreo y fué á colocarse á la diestra de Dios en la plenitud de su gloria, en medio de conciertos armoniosos y de indecible alegría de las celestiales jerarquías; como vinieron á anunciarlo dos de esos venturosos espíritus, que aparecieron á los absortos é inmóviles discípulos diciéndoles que Jesús había subido al cielo y que no volvería ya más sino hasta el día del juicio universal.

Tal es la historia de este glorioso suceso, acerca del cual conviene que hagamos las reflexiones siguientes: 1.^a Jesucristo subió al cielo en cuanto hombre y no en cuanto Dios; porque en cuanto Dios no tuvo necesidad de subir, puesto que se encuentra en todas partes. Lo que no estaba en el cielo, lo que subió, fué el alma y el cuerpo de Jesucristo, su humanidad, siempre unida á la divinidad. 2.^a Jesucristo *subió*, esto es, ascendió, por su virtud propia, no por obra ó ministerio de otro, como Enoc, Elías, Abacuc; y así fué no sólo á causa de su divinidad, sino en razón también de su humanidad, pues que su

cuerpo, glorioso, ágil por consiguiente, podía transportarse sin ningún trabajo de la tierra al cielo.

¿Por qué subió Jesucristo al cielo? Por dos motivos poderosísimos. Primero, porque así convenía á su propia dignidad; segundo, porque nos convenía á nosotros.

Era debido que el Salvador tomase posesión de la gloria eterna que había pedido á su Padre un poco antes de morir: *Yo te he glorificado sobre la tierra: he acabado la obra que me diste á hacer. Ahora, pues, Padre, glorificame tú en ti mismo, con aquella gloria que tuve en ti, antes que fuese el mundo.* (San Juan XVII. 4 y 5.) Esta oración, dice San Pablo, fué plenamente oída; porque por recompensa de haber sido humillado hasta la muerte y muerte de cruz, Dios le elevó á una suprema grandeza, é hizo brillar en Él su virtud omnipotente resucitándole, colocándole á su diestra y sujetando al dominio del mismo Cristo todas las criaturas del cielo y de la tierra.

Esto lo comprendemos con facilidad; pero que Jesús haya subido al cielo por nuestro bien, no se ve tan claro, porque parece que hubiera sido preferible el que se quedara con nosotros visible en la tierra. Así lo juzgaron los Apóstoles, que cuando oyeron hablar al divino Maestro de su ida, se entristecieron grandemente; por lo que, para consolarlos, dijoles Jesucristo: *Os conviene que yo me vaya.* Y esto por tres razones:

1.º Para abrirnos las puertas del cielo. Jesucristo nos mereció la entrada á la gloria; pero aquellas

puertas no debían abrirse sino hasta el momento en que Él mismo entrara por ellas triunfalmente. De modo que, se mantendrían aún cerradas si Él se hubiera quedado con nosotros; y por lo mismo, aunque nuestra vida fuese santa, la muerte no sería para nosotros el paso á una vida mejor; ni la muchedumbre de gloriosos mártires, de vírgenes puras, de ilustres confesores, que la Iglesia ha enviado al cielo, brillarían sobre el firmamento, sino que se hallarían detenidos en aquel lugar de penosa espera en que por tan largos años estuvieron los justos del Antiguo Testamento que Jesús llevó consigo en el día de su Ascensión. Mientras ahora estamos ya seguros de que, si no ponemos nosotros mismos obstáculo alguno, el instante último de nuestra vida presente habrá de ser el primero de nuestra eterna felicidad; porque Jesús subiendo al cielo, nos ha abierto las puertas y nos ha merecido el derecho de entrar sin el menor retardo, como Él mismo nos lo ha declarado: *Voy á aparejaros el lugar. . . . para que en donde yo estoy estéis también vosotros.* (San Juan, XIV. 2 y 3.)

2.º Para enviar al Espíritu Santo. Hé aquí el don que encierra todos los dones; el don necesario, sin el cual serían inútiles la pasión y la muerte del Redentor, porque al Espíritu Santo está reservada la obra de nuestra renovación interior. Mas, en el plan de la divina Sabiduría, el Espíritu Santo no debía descender sino cuando Jesús hubiera sido glorificado. *Si no me fuese, no vendrá á vosotros el Pará-*

clito. (San Juan, XVI. 7.) Por tanto, si Jesucristo hubiese permanecido con nosotros, no habría venido el Espíritu Santo; y por lo mismo estarían suspensos todos los efectos de aquellos misterios que ejecutó Cristo Señor nuestro, ni se hubiera fundado la Iglesia, ni el Evangelio se habría predicado, y viviríamos aún en las tinieblas de la idolatría.

3.º Para ser nuestro abogado delante de Dios.— ¿Cuál pensáis que sea la ocupación de Jesucristo á la diestra de su Padre? ¡Ah! su presencia allí nos es altamente provechosa. Así como se ofreció en la cruz, así continúa ofreciéndose por nosotros en el cielo, mostrando á su eterno Padre las preciosas llagas que conserva en su carne glorificada, como eternos y vivos testimonios de su pasión y de su muerte. No cesa de interceder en favor nuestro, y su oración, que participa del mérito infinito de su persona, es oída siempre, y siempre favorablemente acogida, nos atrae sin cesar gracias y bendiciones celestiales. Esta protección que Jesucristo nos imparte desde el cielo, nos es sin duda más ventajosa que su presencia personal y visible en la tierra: residiendo nuestro embajador en la corte del monarca, defiende nuestros intereses mejor que si se hallara entre nosotros. La presencia y la intercesión perpetuas de Jesucristo en el cielo, son el fundamento principal de la confianza con que debemos acercarnos á Dios; porque nosotros, de nosotros mismos, nada tenemos que pueda mover á Dios en nuestro favor; mas qué tesoros, qué sobreabundantes riquezas no encontramos en

los méritos de Jesucristo, nuestro poderosísimo abogado á quien Dios nada niega, como nos lo enseña el Apóstol San Juan con estas consoladoras palabras: *Procurad, hijitos míos, no caer en pecado. Mas si alguno pecare, tenemos por abogado con el Padre, á Jesucristo el justo: y él es propiciación por nuestros pecados: y no tan sólo por los nuestros, mas también por los de todo el mundo.* (Epist. 1.ª, c. II, v. 1 y 2.)

(CONTINUARÁ.)

MORAL

LA FE, LA ESPERANZA Y LA CARIDAD.

(CONTINUA.)

IV

Dificultades que suelen ponerse contra la fe.

La ignorancia es atrevida: difícilmente hallaremos una época en que menos se haya estudiado la religión y en que más se la haya combatido. Personas hay que están al tanto de los progresos científicos del siglo, muy expeditas y acertadas en el arreglo de los negocios, de amenísima conversación y afable trato; pero que en punto á religión abrigan los más groseros errores y se hacen eco de las modernas doctrinas heterodoxas. No pueden concebir, por ejemplo, cómo es que fuera de la Iglesia no haya salvación, ni menos cuando hay quien sin ser católico sea mejor que muchos que se glorían de llevar ese

nombre: tampoco creen en la existencia de castigos después de esta vida, y en general les parece que la fe sale vencida en los conflictos con la ciencia.

Es necesario que nos entendamos para que nuestra fe sea más firme y no nos engañemos acerca de los alcances y valor de las innumerables dificultades que ahora se ponen contra la religión y en todas partes, en todas ocasiones y por toda clase de personas.

Es un hecho histórico innegable que Dios nuestro Señor ha permitido que la fe haya tenido siempre implacables enemigos que le han hecho guerra sin cuartel. Así ha sido desde que Jesucristo vivió sobre la tierra.

Recorramos una á una las páginas del Santo Evangelio, y si en todas hallamos los vivísimos resplandores de la Verdad Eterna que enseña á los hombres, al propio tiempo encontramos las sombras de las cavilaciones farisaicas.

El fariseo es el tipo repugnante de la mayor parte de los enemigos de la fe: hinchado de soberbia, pagado de sí, creyéndose capaz de leer y entender las Sagradas Escrituras sin auxilio de nadie, reduce la moral á meras exterioridades, saborea la vana satisfacción de ser tenido por santo, y se forja un Mesías á su modo, que no es el anunciado y descrito por los profetas. Por eso es que al aparecer Jesucristo en el mundo y predicar su celestial doctrina, los fariseos, lejos de escucharla con sencillez de corazón y recibirla con docilidad, hacen corrillos

para murmurar de Él, buscan el modo de sorprenderle en sus palabras, le hacen preguntas capciosas y buscan fútiles pretextos para acusarle ante las autoridades como usurpador de ajenos y sagrados derechos, y sobre todo, cometen el irremisible pecado de resistir frente por frente á la gracia.

Grecia y Roma contaban en su seno un buen número de filósofos y retóricos; hombres que parecían consagrados al estudio de la sabiduría y al noble arte de persuadirla á los demás; pero, si se exceptúan los grandes maestros cuyos nombres recuerda la historia agradecida, la mayor parte de los sofistas eran charlatanes, embaucadores que con sistemas groseros é imaginarios pretendían explicarlo todo. Éstos miraron al cristianismo como una de tantas invenciones humanas y procuraron atacarlo rudamente, unas veces con argumentos deducidos de falsas y envejecidas doctrinas que había prohijado el fanatismo de los paganos; y otras veces con la burla sangrienta que siempre ha sido arma poderosísima que ha hecho terribles estragos.

Los sacerdotes y cuantos estaban interesados en el sostenimiento de la idolatría, esgrimieron contra la fe la espada de la calumnia.

Pero faltaba lo principal, y es que del seno de la misma Iglesia iríanse levantando sus más temibles adversarios; esta santa Madre verá que algunos de sus hijos descastados le harán la más cruel de las guerras. ¡Los herejes! *prodierunt ex nobis sed non erant ex nobis*. Los herejes que han sido siempre ene-

migos sistemáticos y pertinaces de la verdad religiosa. Para engañar á los incautos y hacer prosélitos, se han presentado como hipócritas y taimados, á la manera de los fariseos, cubriendo la soberbia satánica y los más vergonzosos vicios con la capa de la santidad y hasta con cierto rigorismo aparente, y haciendo alarde de saber con el ruido de las palabras en interminables discusiones.

No hay ni un solo punto siquiera de la doctrina y moral cristiana que no haya sido opugnado por los herejes: no se ha escapado ninguno de los misterios y artículos de la fe, ninguno de los mandamientos de la ley de Dios ó de la Iglesia, ninguno de los Sacramentos, ninguna de las virtudes; todo, todo ha sido combatido por maneras unas veces ingeniosas, otras extravagantes, y siempre con tal arrojo y tenacidad, que sólo el edificio sobrehumano de la fe ha podido resistir.

¿Y qué han hecho, cuál ha sido la suerte de esas herejías? Se han reducido á dar coces contra el aguijón, sin más resultado que el predicho por Jesucristo: *portæ inferi non prevalebunt adversus eam*. Desaparecieron los gnósticos de Alejandría con todo su imponente aparato de misterios y de sabiduría, con toda su mezcla informe de religión y de platonismo, y la Iglesia continuó su marcha triunfal á través de las edades y de los peligros. Desaparecieron los donatistas, los valentinianos y principalmente los arrianos, hombres astutos que reclutaron sus adeptos no sólo de entre la masa última del pueblo, sino que se

dujeron á parte no despreciable del episcopado y se apoderaron del trono de Constantinopla; celebraron numerosos concilios y consiguieron relegar al destierro al gran San Atanasio y á los demás defensores invictos de la fe; desaparecieron los arrianos, que según la enérgica frase de San Jerónimo, hicieron temblar al mundo entero; de ellos no queda otra cosa que el triste recuerdo de su perversidad y de sus intrigas. Desaparecieron igualmente los nestorianos, los pelagianos, y cien y cien otros, mientras la Iglesia ha venido dando el más bello espectáculo, luchando de pie firme por el sostenimiento de su fe. En el siglo XVI la chispa arrojada por el apóstata Lutero puso en conflagración al mundo; parecía que la Iglesia iba á ser destruída hasta en sus cimientos; pero no, que Dios vela por ella, y así como presidió las convulsiones del mundo pagano, el desmoronamiento del imperio de Roma, el largo período de formación en la edad media; así yergue su cabeza coronada de celestiales resplandores en medio de la civilización moderna. Y el protestantismo, á la sombra de la política y de los intereses materiales, arrastra su miserable existencia herido de muerte primero por el Concilio Tridentino: después, por el ariete formidable de la lógica de Bossuet en su inmortal *Historia de las variaciones*, y finalmente, por la ineludible filosofía de los hechos estudiada en *El Protestantismo comparado con el Catolicismo* por el Doctor Balmes.

(CONTINUARÁ.)

VARIEDADES

XI

SABIDURÍA.

La verdadera Sabiduría descende de lo alto, y tiende hacia lo alto: ¡Dios! ¡Todo para Dios! hé aquí el fin que se propone. Y Dios la concede á los hombres de oración y de buena voluntad.

Es casta: desecha todas las lisonjas y halagos de la carne; aspira á los goces purísimos que dispensa el Señor á quienes la aman; aparta sus ojos de las vanidades del mundo; huye de las malas ocasiones en que peligrá la virtud; reduce el cuerpo rebelde á servidumbre por la acción del espíritu que gobierna.

Es pacífica: en cuanto depende de ella, está en paz con todos: — está en paz con Dios, que es siempre bueno, siempre amante; considera el dolor como mensajero de su Providencia, y le recibe con resignación y con amor; jamás interpone entre Él y ella el muro del pecado; — está en paz con los hombres: y si son malos les soporta; no les contradice sino lo menos posible y siempre con pena, cuando el deber la obliga; les ama no obstante sus defectos; desea hacerles bien en todo caso, como á sus hermanos y como á hijos de Dios; — está en paz consigo misma: resiste los ímpetus perpetuos de la naturaleza que tiende á lo abyecto y nunca se doblega; aeoge los

elevados pensamientos que nacen de la parte más noble, del alma; deja que obre en su espíritu el soplo del Espíritu de Dios; mantiene en perfecto equilibrio todas las facultades; se aparta de pensamientos inútiles, de devaneos quiméricos y de la necia curiosidad de averiguarlo todo; desea con paciencia; espera con calma; se indigna con justicia, con amor y con mesura; obra sin lentitud y sin precipitación; lejos de dejarse arrastrar por la multitud de sucesos cotidianos, los dirige hasta donde es posible; no se perturba si llega á dar un paso en falso, antes bien vuelve á empezar su marcha hacia adelante con ardor siempre nuevo.

Es modesta: descubre la paz y la dulzura de su alma; derrama alegría en su derredor; vive satisfecha del pequeño nido donde plugo á la Providencia colocarla; no gusta de producir estrépito, pero sí de hacer el bien; nunca habla de sí misma; se siente siempre bajo la mirada de Dios y se complace de esta mirada.

Es dócil: escucha con agrado á los demás; se acomoda fácilmente á su sentir, tan pronto como vislumbra que les asiste la razón; somete placentera su parecer individual á una inteligencia más instruída, más experimentada, más *juiciosa*; piensa que hay pequeños astros menos luminosos que el sol; y si á ella le corresponde ser planeta, acepta del sol una partecita de su luz.

Se acomoda á lo bueno: pónese abiertamente de parte de los hombres de bien; se alegra del beneficio aje-

no, y se entristece de las penas de otro; evita la discordia entre los que van unidos, y trabaja por unir á los que andan separados.

Está llena de misericordia y de buenos frutos: lamenta el pecado y descende hasta los pecadores para convertirlos; compadece todas las miserias; tiene sus complacencias en servir y agradar á los demás; cuenta como perdido el día en que no pudo practicar el bien.

No juzga temerariamente: cuando no le corresponde por su cargo, se abstiene de juzgar á los otros, de atribuirles con ligereza malas intenciones; califica con justicia á sus mismos enemigos; á nadie desprecia; á nadie rebaja; á nadie humilla.

Es sincera: jamás blasona de sus riquezas; ni es amanerada en sus cortesías; toma parte en las recreaciones de sus amigos; piensa, habla y obra con franqueza.

Ved cuál es la verdadera sabiduría, según nos la enseña el mismo Espíritu Santo por boca del Apóstol Santiago. (Epíst. c. III. v. 17.)

¡Oh Dios! concededme meditar con frecuencia en estas verdades; dadme esta sabiduría que asiste á vuestro trono, para que esté conmigo y conmigo trabaje. (Sabid. IX. 4.) Amén.

(SIMIENTES DEL PARAÍSO.)

JESUS DORMIDO.

En un bosque florido
Con prados de esmeralda,
Con limpios arroyuelos
De cristal y de nácar,
Do murmura la brisa
Ligera y perfumada,
Y á donde el sol esparce
Sus rayos de oro y grana,
La celestial María
Se encuentra reclinada,
Más bella que la aurora
Y más pura que el alba.
En sus divinos brazos
Jesús dormido se halla,
Mientras ella afanosa
Su dulce sueño guarda,
Y con su voz süave
Más que el rumor del aura,
Entona tiernos cantos
Al hijo de su alma.
« Sentidos ruiseñores
Que habitáis la enramada,
Arroyos que sembrando
El prado vais de plata,
Dejad vuestros cantares,
Detened vuestras aguas,

Porque turbáis el sueño
 Del hijo de mi alma.
 Brisa que fresca y leve,
 De aromas impregnada,
 El aire purificas
 Y en torno mío vagas,
 No toques de mi hijo
 La frente pura y blanca,
 No roces sus cabellos,
 Sus rizos no deshagas
 Ni el blando sueño turbes
 Del hijo de mi alma. »
 Abrió el niño los ojos,
 Y una dulce mirada
 Radiante de ternura
 Fijó en su madre santa;
 Surcó sus puros labios
 De rosas y de grana,
 Una sonrisa dulce,
 Más que la vida grata,
 Y entre aquella sonrisa
 Murmuró una palabra
 Que estremeció de gozo
 Á la Virgen sagrada,
 Pues por la vez primera
 Dijo: ¡madre del alma!

ENRIQUETA LOZANO
 DE VILCHES.



EL CATECISMO

ORGANO

DE LA « CONGREGACIÓN DEL CATECISMO. »

Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra.
 Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe.
 1.ª EPIST. DE S. JUAN, CAP. V, V. 4.

DOCTRINA

(CONTINÚA.)

Hé aquí los beneficios que nos ha traído la Ascensión de nuestro Señor. Mas para que se realicen sus designios amorosos debemos nosotros entrar práctica y eficazmente en los sentimientos que inspira tan alto misterio, lleno de instrucciones y de luces, puesto que nos manifiesta el fin á que debemos tender y el camino que nos ha de llevar.

Jesucristo con su Ascensión nos enseña ante todo que nuestra mansión no está en la tierra, sino que el cielo es nuestra patria y que después de haber pasado algunos años acá abajo, terminaremos nuestra peregrinación allá arriba. Repetidas veces había enseñado esta verdad á sus discípulos; mas para darles una lección de mayor eficacia que todos los discursos, quiso escogerlos para testigos oculares de su Ascensión y espectadores de este pequeñito rayo de gloria con que les iluminó al penetrar Él en el Empíreo. Ante tan grandioso espectáculo concibie-